

El cráneo humano y las catedrales góticas comparten similares características morfológicas y funcionales. La carga ejercida por el techo de la catedral se transmite al suelo mediante pilares y contrafuertes. Estas estructuras también resisten las fuerzas de corte provocadas por vientos intensos. De igual manera, los huesos del tercio medio facial transmiten las fuerzas masticatorias verticales y horizontales desde la dentición maxilar hasta la base del cráneo. Los muros y vitrales que no soportan carga alguna se corresponden con la parte más fina de la maxila. El paso entre la nave principal y las laterales de la catedral equivalen a las aperturas meatales en la pared lateral de la cavidad nasal.

HILLOOWALA, R. y KANTH, H. «The Transmission of Masticatory Forces and Nasal Septum: Structural Comparison of the Human Skull and Gothic Cathedral», *The Journal of Craniomandibular & Sleep Practice*, 25:3 (2007) 166-171.

1

La pasada noche, otra chica se ha esfumado sin dejar rastro. Su cara abre todos los telediarios de España. Morena, guapa. Ojos como dos pedacitos de cielo y unos labios pequeños, fruncidos para la toma del *selfie* que ahora engalana las redes sociales y los grupos de WhatsApp.

Ha desaparecido de camino a una biblioteca o de vuelta de una biblioteca, siempre en tránsito hacia un destino inalcanzable.

Su documento de identidad, cortado a tijeretazos, descansa en el cubo de basura de la cocina. Fragmentos de sonrisa y un mechón de pelo descollan entre mondaduras de naranja, cigarrillos y restos de café. Unos jirones de su corazón yacen enterrados en una maceta como semillas de un fruto rojo y jugoso.

No queda nada más.

Ya son tres chicas en la misma ciudad, lo que sugiere una voluntad detrás, una inteligencia depredadora en la sombra. Todavía queda mucho verano por delante y los expertos —aunque es difícil dirimir expertos en qué— estiman que pueden desaparecer algunas más antes de que llegue octubre para firmar su tregua y tiña las hojas de los árboles con marrones y dorados.

Mientras tanto, algo sigue cuajando en Madrid. Algo que tiene cuernos y que no existe.

El calor azuza al Diablo, que baila con su víctima invisible. Se siente atraído por las altas temperaturas como la muerte por los hospitales. Ha acudido junto con los mosquitos, el cáncer de piel

VÍCTOR SELLÉS

y el olor a cloro de piscina, el aire abrasador que ondula sobre el pavimento y los comercios cerrados por vacaciones.

El Diablo hace una reverencia frente al balcón y saluda a la noche; lo poco que puede ver y lo mucho que es capaz de imaginar. Tras las ventanas de los edificios de enfrente capta las figuras de las mismas personas que llevan todo el día contoneándose por las plazas, los parques y los bares. Maniqués de ropa del Primark con prendas de último diseño, pero siempre de saldo.

Más allá se extiende El Retiro, con su estatua del ángel de Milton noqueado por el Altísimo antes de llegar al tercer *round*; San Francisco el Grande con su cúpula de cuento de hadas; el Palacio Real con su entrada minada de bostas de caballo, carreteras de circunvalación y barrios de extrarradio.

Más allá, desiertos periféricos y radiales jalonadas de clubs de alterne, Guadarrama y sus secretos, España, Europa, el mundo. Después, la Luna y los planetas: Marte con sus canales y sus pobladores arenícolas; Saturno, sus junglas y sus dinosaurios; la Nube de Oort con sus cometas; Próxima Centauri, y luego Sirio, la joya brillante de Anubis, la estrella del Perro que inunda sus oídos con impúdicos susurros de estática.

Y después, por fin, los límites de la Vía Láctea, las otras galaxias, el universo.

Y más allá, quizá el Más Allá.

Quizá.

—Pero por encima de todo —murmura el Diablo, que sigue bailando con la última chica desaparecida, su víctima invisible— está mi cabeza, y tú que ahora habitas en ella. El universo es pura inercia ciega, un lugar hostil para la materia, así que es mejor que se olvide de ti.

Dentro de mí estás a salvo.

DURAMADRE

Esa noche, el mundo comienza a desgajarse en una miríada de posibilidades. Los universos confluyen y se superponen. Proyectan su sombra unos sobre otros y la penumbra lo cambia todo.

En la calle Maravillas, un coche atropella a un perro. El parachoques se mancha de pelo y de sangre. El animal sale volando por los aires y se estrella contra un contenedor de basuras. Sin embargo, al mismo tiempo el perro escapa por los pelos y el coche prosigue su camino y desaparece al girar la esquina. El vecino que se asomó a la ventana para averiguar la causa de ese espantoso ruido de frenos todavía lee en la cama. Una novela de Julio Cortázar.

En la plaza Mayor, un viejo recuerda una canción y abraza a su mujer a la luz que despiden las bombillas de las terrazas de los bares, entre chavales que salen de fiesta y chavales que vuelven de fiesta. Su mujer sigue enamorada y decide romper con él. En la Cañada Real, un yonqui se mete su último pico, que es al mismo tiempo la llamada de atención que necesita para dejarlo del todo y el veneno que acaba con su vida.

Las posibilidades se superponen, se amontonan. La indeterminación lo empapa todo. El Diabolo es una criatura natural y un monstruo sobrenatural. Las chicas desaparecidas están vivas y están muertas.

Algunas personas empiezan a ver unas cosas con el ojo izquierdo y otras con el derecho. Si guiñas uno de los dos, puedes recorrer una línea de tiempo. Si guiñas el otro, recorres otra. Ahora el observador es como uno de esos antiguos visores estereoscópicos en el que las dos imágenes no terminan de encajar. Con ambos ojos abiertos es como caminar en direcciones opuestas en una carretera de dos sentidos. Los objetos fluctúan y el efecto marea un poco, e incluso provoca náuseas. Con ambos ojos cerrados, es como si pudieras cambiarlo todo o incluso volver a empezar desde el principio.

No desde el principio de tu vida, sino desde el principio-principio. El Big Bang, el «Hágase la luz».

VÍCTOR SELLÉS

Para la inmensa mayoría, sin embargo, los cambios son sutiles y apenas perceptibles. Detalles banales en apariencia que, no obstante, pueden conducir a consecuencias insospechadas.

Esa noche, Matilde sueña con Eva y no sueña con Eva. Esa noche, el Viejo no pega ojo mientras duerme plácidamente. Esa noche, Lorena concluye que entrará en el Museo y se enfrentará a Daniel y también concluye que encontrará una excusa para escaquearse en el último momento.

Esa noche, el Diablo decide que necesita matar, pues las personas como él han perdido cualquier posibilidad de elegir.

2

En la familia de Lorena todos odian al abuelo. Lo llaman «el Viejo», como si ya no tuviera nombre o como si ellos se esforzaran en olvidarlo.

El Viejo vive en Madrid, tiene cáncer y ha pasado por quirófano varias veces durante los últimos años. La madre de Lorena cree que no hay metástasis que pueda con la inquina que ese hombre esconde en el pecho.

Ella es buena persona. Ayuda con las cuentas en la parroquia y se arrodilla para limpiar el suelo de mármol bajo el púlpito, allí donde el cura suele encaramarse con las suelas de los náuticos manchadas de barro. Cuando cocina, se sirve la ración más pequeña y se contenta con el melocotón más pasado del frutero. Sin embargo, cuando toca hablar del cáncer del Viejo, la madre de Lorena argumenta que se lo ha ganado por cabrón, como si Dios repartiera enfermedades en función de una hoja de servicios. Como si pudiera ordenar a las células del cáncer: «Creced y multiplicaos».

Por su parte, Lorena no sabe qué pensar sobre su abuelo. El Viejo siempre ha sido lo bastante alto como para mirar a todo el mundo por encima del hombro y lo bastante listo como para aprender a protegerse de los golpes bajos. Nunca fue de los que cuentan batallitas, pero algunos especulan con que en el pasado se dedicó al boxeo. Además de altura, tiene hombros anchos y brazos grandes, un mentón cuadrado y cejas espesas y despeinadas como las de todos los viejos. Los poros de sus mejillas son como celdillas de

VÍCTOR SELLÉS

un avispero y gasta una barba dura, rala y gris, de las que usan en las películas para encender fósforos.

Lorena está convencida de que el Viejo guarda un secreto y de que su madre sabe cuál es. De ahí el odio.

Ella tiene veinte años y no estudia ni trabaja. Algunos en el barrio la llaman «la Chica», solo que con el acento de Sevilla suena a «la Shica», que además es el nombre de una artista ceutí que mezcla coplas con flamenco y *hip-hop*. Dejó inconclusos un bachillerato de humanidades y luego un módulo de peluquería, y pasa la mayor parte del tiempo tumbada en la cama con las persianas bajadas para engañar al sol. Escribe poemas en cuadernos pequeños —o canciones, ni ella misma lo sabe todavía— y lee un montón de cómics, mangas japoneses y bastantes libros. También le gusta inventar sus propias historias, la mayoría sobre Daniel, su hermano pequeño.

Ahora la mandan a Madrid a cuidar del abuelo porque, aunque su familia lo prefiera muerto, siempre han sido buenos católicos.

—Pero má, a mí no se me da bien cuidar de la gente —protesta Lorena, y piensa en Dani y en su cuarto vacío, más ordenado ahora de lo que nunca estuvo, una habitación-museo en la que tampoco se suben las persianas, aunque en este caso no sea para engañar al sol, sino al tiempo.

Su madre no atiende a razones. El médico ha dicho que deben operar al abuelo otra vez. Que corre prisa y que lo harán en cuanto se abra un hueco. Lorena ha comprado un billete de AVE Sevilla-Madrid, ha metido cuatro bragas, tres camisetas y algunas cosas más en la mochila, y se ha marchado.

3

EL AVE circula como una centella por entre los campos de olivos, distribuidos en hileras sobre la tierra roja. Lorena sostiene el tomo de *Evangelion* entre las manos, un manga de papel rugoso y amarillento con dibujos de adolescentes tripulando robots gigantes, explosiones, un Tokio-3 posapocalíptico y monstruosidades del espacio exterior llamadas «ángeles». Tramas puntillistas, muchas líneas de acción y un glosario de onomatopeyas japonesas en las últimas páginas. No lee; es su cómic favorito y conoce la historia.

Tras las ventanas, los árboles parecen viejos, de tronco nudoso, raíces fuertes y crecimiento lento. Junto a ellos se extienden dos bandas de cielo y tierra que la velocidad difumina en manchas verdes, azules y ocres.

Lorena ha oído decir que las aceitunas negras no existen, que las pintan en el mercado, pero no se lo cree. Si se pudieran pintar, las habría de todos los colores. También ha leído que en Atenas el olivo es un árbol sagrado. Que Cécrope, que era el rey de la ciudad cuando esta ni siquiera tenía nombre, retó al dios del mar Poseidón y a la diosa de la sabiduría Atenea, y decidió consagrar el lugar a quien más beneficiara a sus habitantes. Poseidón hundió el tridente en la tierra seca y creó un manantial, pero el agua que brotó de las rocas era salada y nadie podía beberla. Entonces Atenea regaló el olivo a los atenienses, lo hizo crecer junto al manantial de Poseidón y ganó el reto.

VÍCTOR SELLÉS

Atenea nació de la cabeza de Zeus, sigue discurriendo Lorena, *non sequitur*, mientras los olivos se suceden tras las ventanillas del tren. Fue un parto muy complicado. Zeus tuvo que asestarse un hachazo en la frente para poder sacar a su hija de allí, lo que le produjo una cefalea terrible. Atenea surgió armada con su panoplia, con el escudo, la coraza, las grebas, la lanza y el casco corintio.

Lo de nacer del cráneo de tu padre no es algo tan raro, porque los dioses habitan en la cabeza de uno. Ella lo sabe de sobra porque tiene un pequeño dios viviendo en la suya y a menudo la visita por las noches.

El cráneo es como una catedral gótica. Lorena leyó esto en una ocasión en un artículo científico. Estaba en la mesa del despacho de su padre, que era neurocirujano. Siempre se refiere a él en pasado porque, aunque no esté muerto, para ella forma parte de esas cosas que la vida ha dejado atrás. Su padre se marchó, o huyó, o le echaron. En lo que a él concierne, su madre es tan parca en palabras como con el abuelo, pero Lorena no necesita que nadie le explique nada sobre su padre, porque lo conoció bien.

Aunque él defendía lo contrario, ella cree que el cerebro es una caja negra para la que aún no han logrado encontrar la llave.

Lorena discurre y discurre sin llegar a concretar nada. Con frecuencia su cabeza funciona de esta manera dispersa que tanto enfurece a los profesores en las escuelas. Un pensamiento conecta con el siguiente y su mente vaga sin rumbo, perezosa y como al ralenti.

La niebla se arracima en la falda de los montes bajos. El mundo parece morir donde acaba la vista. Después: robots, vampiros, hombres con la cabeza brotando del pecho o con tres piernas, como en los bestiarios medievales. Y luego, dragones y monstruos. Todo lo que no podemos ver alimenta al cerebro.

—Vamos con el abuelo, Dani —susurra Lorena al aire—. Cómo mola, ¿eh?

DURAMADRE

El tren reduce la velocidad cuando pasa junto a un poblado chabolista, cinco casas mal contadas apuntaladas con tablones de madera, dos niños jugando en calzoncillos con la piel del color de la *terra sigillata* y una vieja con un pañuelo sobre la cabeza, con los dedos engarzados en la empuñadura del bastón. Aunque no ve los detalles, se imagina los ojos de la anciana: unos ojos tan negros, tan brillantes, tan vivos, que asustan.